EL PAN DE PANAMÁ

*Ana María Jaramillo**

La conocí en casa de unos amigos, en una fiesta de esas que se recuerdan nebulosas por el alcohol, el calor político, las discusiones filosóficas y las ganas de ligar pronto. Ella estaba en un rincón, vestida de blanco, el cabello negro y una mirada escurridiza como queriendo pasar inadvertida sin conseguirlo. Era hermosa, nada convencional, pero hermosa. Movía un vaso con un trago de whisky directo, lo contemplaba distraída, sin expresión de gusto ni de rechazo. Mojaba lentamente sus labios y de vez en cuando distribuía sobre ellos su sabor con la lengua.

Los hombres solos fueron haciendo un corrillo en la otra esquina del salón y lanzaban miradas furtivas sobre la misteriosa mujer. Sus voces bajaron; curioso me uní a ellos. Se llamaba Juana Morales, venía de un país sudamericano, era soltera, tenía dos hijos de padre desconocido, murmuraban juguetones mis amigos. Yo no podía dejar de mirarla, en esta vida, y en otra cualquiera, a mis treinta y tantos años o a mis sesenta, ella siempre llamaría mi atención. Su físico y su manera de estar en el mundo siempre, insisto, me atraerían.

No sé cómo fui elegido para hablarle, entre todos decidieron que era el de mayores posibilidades de sobrevivir a un acercamiento. Yo sólo pensaba en cómo abordarla. De una cosa pasé a la otra y cuando me di cuenta ya estaba frente a ella. Tartamudo le pregunté: ¿En qué piensas cuando saboreas un whisky puro? Ni te lo imaginas, me respondió. Con esas simples palabras inició el último día del resto de mi vida.

* Escritora.

Recordar aquel momento es lo único cierto que tengo para justificar lo que nos pasó después. Saber de antemano que cada vez que la encontrara me gustaría, ayuda a explicar por qué nunca pude dejarla, hasta que ella me dejó para siempre.

Fue amor a primera vista, tal vez esto suene muy convencional, sin embargo, fue lo que ocurrió. Especular hoy sobre lo que me gustó de ella o qué fue lo que ella vio en mí, sería mentir. Nos gustamos, nos fuimos juntos de la fiesta, hicimos el amor, y ya no nos separamos hasta que ocurrió la tragedia. Creo que me quiso a su manera. ¿Cuál era su manera? La de ella. Cuando desprevénidamente nos unimos a alguien, no se piensa en el futuro, se deja fluir el presente, el hoy habla, uno se siente vivo, respiramos, es magnífico. La pasión se impone, los cuerpos hablan, el sol entra por las ventanas y nosotros retozamos como dos orates, sin pasado ni futuro, felices. Comimos pan caliente en la cama. A partir de ese día muchas veces comimos pan caliente, a ella le encantaba, así como le encantaba suspirar y perderse en quién sabe qué pensamientos. *Mi Juana Morales* fue mía.

122 | Nuestro compromiso fue total, estábamos entregados el uno al otro. En ese momento la única condición que ella puso me pareció irrelevante y me vino de maravilla: sin preguntas sobre el pasado, sin celos retrospectivos. Acepté pensando que era una excelente idea dada la larga lista de aventuras recientes que circulaban por el entorno y sobre las que yo prefería no dar explicaciones: esposas de amigos, secretarias, compañeras de viaje, encuentros casuales en algún bar; en cambio ella llegaba con dos hijos y ningún hombre a la vista sobre el cual dar explicaciones. Qué situación más cómoda para mí, pero una mujer sin pasado es igual que un cheque en blanco con fondos ilimitados: al principio emociona, luego incomoda y por último enloquece. Y eso fue exactamente lo que me pasó.

Con el tiempo la curiosidad fue penetrando en nuestra relación, aunque de manera diferente. Ella obtuvo informes de forma oblicua. Porque Juana sí mantuvo imperturbable el compromiso: jamás hizo una pregunta sobre mi pasado, no hacía falta, le bastaba mirar a una mujer en una fiesta o en una cena para comprender la clase de relación

que nos había unido, lo cual era suficiente para apartarse y evitar todo contacto. Era arisca, reservada y suspiraba con nostalgia cuando algo parecía desagradarle de la relación. En cambio yo, acelerado, creía que ella evocaba momentos felices con otros hombres, algún amor imposible, una relación frustrada por la situación política de su país, por sus hijos. Quizá recordaba al padre de los niños. La ausencia de preguntas, prohibidas por aquel absurdo convenio, hacía que me tornara violento: entonces la acusaba de cosas increíbles o descabelladas como, por ejemplo, de haber ejercido la prostitución o de ser una secuestradora o una prófuga de un penal asiático. Esto se debía a que no tenía ninguna información sobre su pasado, aunque poco a poco me dejó conocer sus habilidades: ella era capaz de falsificar casi cualquier documento, sabía abrir cerraduras con ganzúas. En una ocasión fuimos al rancho de un amigo y descubrí que las armas de fuego le eran muy afines. Con una destreza digna de más amplias reflexiones, en un viaje a Nueva York se dedicó a recorrer joyerías. Pedía ver diamantes y esmeraldas, distinguía sus cortes y calculaba su valor, mientras que yo atónito y temeroso, recibía una clase de cómo robarlos, si de pronto era mi capricho. ¡Qué maestra!

Volví con los nervios destrozados de aquel viaje. Aunque decía llamarse Juana Morales, de origen paraguayo y, según su pasaporte, su última escala, antes de llegar a México, fue Panamá, yo no le creía nada. Panamá era una gran incógnita en la vida de Juana y en la vida de cualquier persona. Cuando le preguntaba qué había hecho allí, ponía cara de boba, suspiraba profundo y buscaba algo de comer en el refrigerador. Yo amaba a Juana Morales, aunque le temía. Al principio de nuestra relación imaginaba que si le era infiel podía cortarme mis partes nobles o hasta matarme y hacer algún ritual perverso con mi cadáver. Con rabia y recelo pensaba que ella nunca rezaba, a lo mejor pertenecía a alguna secta satánica.

El resentimiento y los celos fueron creciendo al mismo ritmo que mi amor, mis nervios se fueron adaptando de tal forma que pronto me arriesgué a desafiar mi propio miedo, a ofender al objeto de mi amor, y le fui infiel con mi asistente. No lo viví como una experiencia

grata, pero me dio un aire de libertad. Ya no dependía de Juana, de sus caricias, de sus cuidados, de sus silencios. Era reconfortante darle una lección.

Al poco tiempo de conocerme se había instalado en mi casa, trajo a sus dos hijos –nunca supe de dónde–, que en aquel entonces tenían dos y cinco años, limpió y arregló con eficiencia el espacio. Pronto consiguió empleo en una compañía de seguros, valuaba joyas y piezas de arte, era la mejor, la adoraban en su trabajo. No sé de dónde consiguió referencias para su empleo, a lo mejor me usó a mí sin que lo supiera. Era una maldita. ¿Era una maldita?

Vivió en México y conmigo como si siempre le hubiésemos pertenecido. Casi de inmediato fue una próspera ejecutiva, se desempeñó como una excelente madre y ama de casa, fue una magnífica esposa, una amante sorprendente. Pero yo la amaba y le temía. No tengo más que adjetivos para demostrar mi admiración hacia ella. Sabía cocinar, dirigir, administrar, entender a las personas y nunca juzgaba a nadie, ni siquiera a mí. Se divertía mucho con los niños, sus risas llenaban todos los espacios.

124 Estaba seguro: algún día me iba a abandonar. Era hermosa y sabía demasiado. Llegaría el momento en que un hombre malo regresaría de su pasado reclamando esos dos niños, que ya tenían siete y diez años. Crecieron seguros a nuestro lado, los amé como si fueran míos, al punto que nunca deseé tener hijos propios. Abandoné a mis amigos y a mi propia familia. No volví a jugar dominó ni a mis clases de tenis que tanto me gustaban. Mi vida social se arruinó por completo. Yo era feliz con ellos. Ella no intimaba con nadie. Estaba dedicada por completo a nosotros.

Cinco años de dicha y de infierno. De celos y de incertidumbre. De silencios y deducciones desesperadas. Eran esos suspiros y ensueños los que me hacían dudar de ella. ¿En qué pensaba cuando tenía esas extrañas regresiones? Seguro evocaba los momentos felices con algún amante panadero, porque después de esos éxtasis desaparecía por unas horas e invariablemente regresaba con una bolsa de pan recién horneado, que generosa ofrecía como si se tratara del mejor manjar.

Era pan de sal, porque ella no se perdía en las ofertas del maravilloso pan dulce mexicano. No, ella invariablemente compraba pan salado. Yo llegué a odiar el pan caliente. ¡Qué equivocado estaba! ¡Que Dios me perdone!

En aquel entonces estaba seguro de que mi amada tenía una mente criminal. No, no sólo una mente criminal, estaba convencido que ella misma era una criminal. Mi apreciación se debía a que Juana, con el mayor desparpajo, descifraba un delito por complicado que pareciera, se interesaba en la nota roja, divertida criticaba a las autoridades por su incompetencia y falta de olfato, apostaba sobre la forma como había sido operado cualquier robo, secuestro o asesinato, especulaba sobre sus móviles, sobre las armas empleadas, la ruta de escape, la ayuda interna –si es que la había habido– y todo tipo de detalles que como arquitecto jamás me interesaron. Pero desde que vivía con ella mi percepción de la realidad había cambiado. Aprendí que existía un submundo que nos observaba, que delinquía, que conspiraba, que acechaba, que ya formaba parte de nosotros, porque en más de una ocasión seguí a Juana, revisé su correo, escuché sus conversaciones, aunque debo aclarar que sin ningún éxito. Jamás pude probar una conducta impropia en Juana, pero eso no la exime de culpa. El submundo y yo formábamos parte de su juego, cualquiera que éste fuera.

No se podía confiar en Juana, porque a ella le encantaba que se fugaran los presos de las cárceles, decía que para eso eran las cárceles, para fugarse, y los bancos estaban para ser asaltados, el seguro pagaba, ella lo sabía perfectamente, a eso se dedicaba, a trabajar en una aseguradora. Lo decía frente a los niños y yo explotaba. Era una antisocial. En esos momentos no podía soportarla, se convertía en un pésimo ejemplo para cualquiera. Alguna vez fue una prófuga y una asalta bancos. Llegó a celebrar que explotaran las torres gemelas y estaba esperando ver caer el Big Ben. Pero yo la amaba. Uno siempre podía contar con ella. Era dulce, dedicada, me cuidaba cuando me sentía enfermo y me perdonaba todas las ofensas con decirle: “¿Me perdonas? Me ganó el mal humor, me sobrepasé.” Y ella respondía: “Sí claro, ya lo olvidé.” Y en serio, lo olvidaba. Un día le dije que me había gastado

todo su dinero, ella me preguntó serena por qué lo había hecho, y yo, retándola, respondí: “estaba enojado por tus silencios y tus suspiros evocadores. Quiero respuestas”. “Mientras sólo se trate de dinero está bien, no importa, conseguiré más”, me respondió. Y así fue, trabajó más. Era una reina.

Yo amaba a sus hijos como si fueran míos y no puedo vivir sin ellos. Qué castigo más grande me impuso Juana. Nunca calculé que mis acciones nos llevarían a esta tragedia. Cuando rencoroso y lleno de inseguridad la acosaba, veía cómo ella rehuía la confrontación, animado la agredía más. Dejaba a un lado el temor que le tenía y llegué incluso a intentar ahorcarla. Me gritó que se iba a vengar. Me reí. Ese día me emborraché, volví a casa muy valiente después de ponerle el cuerno con una de las dibujantes de mi despacho. Envilecido por tantas malas acciones me atreví a acusarla de ser una delincuente. Con voz cansada me respondió que al día siguiente tenía un viaje de negocios a Guadalajara, que ya había dispuesto todo en la casa. Se fue con un adiós frío en los labios.

126 Regresó una semana después. En ese tiempo robaron en Guadalajara el Museo de Arte Virreinal, que además exhibía en préstamo una corona de oro y esmeraldas de la Virgen de Quito. Un robo magistral dado el cerco de seguridad. La ciudad estaba de luto, las piezas eran invaluable. Creían que el robo era por encargo, que había actuado una banda internacional y que el botín ya no se encontraba en el país. Una mujer dirigía la banda, según testigos de los hechos. Enloquecí.

Ella negó todo, se dijo inocente, para mi tranquilidad tuvo a bien explicarme con pelos y señales cómo, según ella, se realizó el robo, los errores que cometieron y por qué ella no pudo haberlo hecho; era el colmo del descaro. Ignoré sus argumentos, como un débil mental me dediqué a hacerle la vida imposible: borré sus archivos de la computadora, desaparecí su ropa favorita, cambiaba sus medicinas de frascos, la contradecía en público, la citaba en cruceros muy concurridos de la ciudad y la dejaba plantada, le seguí siendo infiel pero ahora se lo dejaba saber, le rompí todos sus cds de Frank Sinatra –su cantante favorito–, me gasté nuestro dinero en cosas inútiles y le dije que no

la amaba. Juana reaccionó con serenidad. Me informó que me iba a abandonar. Sólo partiría con los niños y unas pocas maletas, incluso me dejaría el dinero que había quedado en las cuentas bancarias y la casa que compramos entre los dos. Yo volví a enloquecer. La amenacé con entregarla a la policía, con quitarle a sus hijos, con deportarla al país de donde diablos dijo provenir. Juré aplicarle todo el peso de la ley. Al fin vi el odio en sus ojos. Tuve miedo. Un miedo profundo. Un miedo que ya no se me quitó. “Lástima Pedro Rodríguez, mírame bien, porque es la última vez que lo vas a hacer”, me dijo dándose la vuelta. Se dirigió al baño de la habitación, del que ya no salió.

Fui un tonto. Mientras esperaba que abriera la puerta del baño, ella se había escapado por una pequeña ventana que ventilaba la ducha. Trepó al techo como una culebra silenciosa y volvió a entrar a la casa recuperando a los niños. Mientras le rogaba que me perdonara ante la puerta del baño, ellos huían antes de que yo reaccionara. La prófuga me dejó en la puerta de la casa una breve nota, a manera de despedida, y en respuesta a esa incansable pregunta que le hice por cinco años cuando suspiraba, se embelesaba y parecía perderse en pensamientos, recuerdos y evocaciones. La maldita nota, en aquel momento, no me dijo nada.

Cuando yo, celoso, le exigía una reacción, ella salía a la calle y regresaba cargada de pan recién horneado. Siempre he preferido las tortillas, pero ella dice, o decía, no sé qué pensar en estos momentos, que las tortillas son unas mata-pasiones, porque un hombre que come con las manos y huele a cal con chile y maíz chicho mata cualquier instinto sexual. Me hacía lavar las manos y la boca muy bien antes de cualquier aproximación; en cambio yo no tenía nada en contra de su pan fresco. La vida es injusta y discriminatoria, las sureñas son algo especiales con el maíz. No sé si ella era sudamericana o de dónde era, lo único cierto es que le gustaba el pan, y ahora que reflexiono sobre esto, por la lacónica nota que me dejó, me siento ridículo y ya no le encuentro el gusto a las tortillas.

Jamás imaginé el desenlace trágico de nuestra relación. Conser-vé una remota esperanza de encontrarlos, por eso viajé a Panamá.

Extrañaba, y aún extraño, la risa y los alborotos de los niños, me hace falta la presencia de Juana, no puedo vivir sin esa antisocial a mi lado. No sé por qué no cargó conmigo también. Quería este castigo para mí. Por mi tontería, por mi incompreensión, por mi mente pequeñoburguesa.

El viaje a Panamá fue un desastre. Una foto de Juana con los niños fue mi carta de presentación. Con ella en la mano recorrí cada rincón de ese país. Visité hoteles, pensiones de mala muerte, prostíbulos, bares, joyerías, centros comerciales, bancos. Siendo arquitecto y a pesar de tener un interés profesional ignoré la zona del Canal. Fui a Colón, conduje hasta la frontera con Costa Rica. Desesperado indagué en cada una de las panaderías para descubrir que el pan de Panamá es blancuzco, delgado, que tiene una capa harinosa por encima, que todo el tiempo sacan pan fresco –tal vez para que no se humedezca con el clima o porque a la gente le gusta así, ¿quién sabe?–, que allí el pan es muy aromático y según los entendidos sabe delicioso. Pero eso a mí me tenía sin cuidado, para que me prestaran atención esos alzados panameños tenía que comprar algo, entonces salía con mi bolsa de pan, a fuerza lo olía, y de vez en cuando lo probaba, e invariablemente pensaba en Juana y en los niños, mis niños...

128 ¿Por qué, Juana? ¿Por qué algo tan insoportable? ¿Por qué no me llevaron con ustedes? ¿Cómo pude haberme equivocado tanto? ¿Quién eras en realidad, Juana? ¿Por qué perdiste el impulso vital?, ¿te cansaste? O no lo perdiste y volviste a empezar en otra parte sin mí... Cuando me llamó la policía me quedé paralizado, creí que se trataba de una broma, repasaba en mi mente la información y pedía al tiempo que se regresara, que me regresara a mí mismo para no pronunciar las palabras malditas: No, Juana, te amo, no te voy a denunciar, jamás podría hacerlo, no te explotes con los niños, no vuelas todo, no desaparezcas del mapa mi oficina ni los niños ni a ti, por favor Juana, perdóname, era una broma...

Una breve nota de despedida a guisa de explicación, el simple recuerdo de toda una pesadilla. Esa nota era la terrible evocación para un hombre insensible y celoso como yo, que convirtió en motivo de persecución los suspiros de su mujer.

A mi regreso de ese viaje infernal me sumí en una fuerte depresión. La policía no pudo confirmar la muerte de Juana ni la de los niños. El equipo forense no logró determinar si había restos humanos entre los escombros del edificio. Tal era el grado de destrucción, el caos. Días después pude confirmar que Juana no había participado en el robo de Guadalajara.

Intenté borrar su recuerdo con una vacuna apropiada: entré a una panadería del barrio, su favorita, —aunque debo aclarar, ninguna la satisfacía—, tuve una revelación: ningún pan en el mundo huele igual al de Panamá... A eso se referían los extravíos de Juana, sus suspiros, sus embelesos. Debo acompañarla. Fui un canalla. Al fin comprendí la clave de su última nota, a veces uno necesita anclarse a algo, a un leve olor, por eso su mensaje póstumo, y el mío: El pan de Panamá.